

—Es que yo no te pido la vida... Yo te pido más y menos: yo te pido el sacrificio de tu amor propio, el sacrificio de tu terquedad y de tu soberbia... En una palabra yo no quiero tu sangre: yo quiero que mates en ella tu amor á Soledad y tu ira contra Antonio Arregui...

—¡Y que viva después!—¡Imposible!—Piénselo usted bien, señor Cura, y verá cómo eso es imposible.

—¡Imposible sacrificarse y vivir?— ¡Qué sabes tú! (replicó Don Trinidad con una sonrisa verdaderamente santa).— ¡Entonces es cuando se vive!—Ni ¿dónde estaría el sacrificio, si no se siguiera viviendo?—¡Creeme, hijo mío: es una gran vida la del que ha padecido y padece en provecho de otros! ¡Dios centuplica este provecho y lo derrama como un bálsamo celestial sobre el corazón del sacrificado!—¡Te sonríes con tristeza! ¿Crees que te hablo de memoria? ¿Crees que yo no soy hombre? ¿Crees que soy de cal y canto? ¿Crees que no he batallado con mis pasiones?—Pues escucha.—Tenía yo veintidós años... Había en el mundo una mujer á quien amaba tanto como tú á Soledad, y que me pagaba con igual cariño... Pensábamos casarnos, y mis

padres entraban gustosos en ello.—Pero mi padre murió de pronto, llevándome la llave de la despensa, y mi pobre madre enfermó de tanto trabajar por sacarnos adelante...—De ocho hermanos que nos juntábamos, yo era el mayor..... Luego seguían cuatro hermanas... Luego tres hermanos pequeños...—Aunque yo trabajaba de día y de noche en una alfarería, en mi casa llegó á faltar el pan; pues mis fuerzas no daban abasto para todos...—“¡Para todos!” (repara bien en esto); que lo que es para mí, y para poder casarme, ganaba ya lo suficiente hacía tiempo!—El Prelado de entonces se compadeció de nuestros apuros, y, vista mi devoción á la Santísima Virgen, ofreció darme un buen curato, si me ordenaba, y desde luego una buena cóngrua.—Mi madre, que veía perecer á sus hijos, pero que conocía también el estado de mi corazón, lloraba al proponerme aquella idea...—Y ¿qué dirás que le respondí?—¡Pues respondí “Amén,” abrazándola y consolándola, cuando yo era quien necesitaba consuelo!...—Y renuncié á mi Soledad, que era tan hermosa como la tuya... Y me despedí de ella para siempre... llorando los dos; pero los

dos muy contentos en medio de todo, porque no teníamos nada de qué avergonzarnos y sí mucho de qué enorgullecernos... Y canté misa.... ¡Y Dios me ayudó! ¡Y aquí me tienes!—¿Crees que no he padecido después? ¿Crees que no me costó trabajo al principio volver la cara al otro lado cuando me encontraba á mi antigua novia? ¿Crees que no he llorado lágrimas de sangre?—Pero, ¡cuán dichoso en mi dolor!—Mi madre murió bendiciéndome, al ver á todos sus hijos en la abundancia, gracias á mi protección y ayuda. Mis hermanas se casaron ventajosamente. Mi hermano Andrés es Sacristán de San Gil. A Francisco lo libré de quintas, y hoy es maestro de escuela. Tomás tiene ya una galera y dos carrros, y se está haciendo rico traficando con los pueblos de Levante.—Mi misma novia se casó y ha tenido hijos... ¡Y yo, Manuel, yo, el que soñaba con tenerlos también, el antiguo enamorado, el que nació para mandar un Regimiento y para todo lo que hacen los hombres, he vivido vistiéndome por la cabeza como las mujeres, he tragado saliva, he castigado mi carne como á una bestia mala y rebelde, y aquí me tienes, digo, lleno de orgu-

llo y de alegría más feliz que todos mis hermanos, más gozoso que si hubiera hecho mi gusto casándome con aquella mujer, más feliz que todos los Reyes y Emperadores de la tierra, al poderte decir, en presencia de Dios, que he triunfado de mí mismo; que no recuerdo ni un pensamiento mundano de que abochornarme; que he cumplido todos mis votos; que pueden enterrarme con palma como á las monjas!—¿Me repetirás todavía que no es posible sacrificarse y vivir?

Manuel miró profundamente á aquella especie de coloso africano que tales cosas decía á los cuarenta y ocho años de edad, y no pudo menos de tributarle el homenaje de su admiración.

—No soy yo tan grande... (repuso luego), ó mi cariño á Soledad es mayor que el que tuvo usted á aquella mujer.—¡Yo no puedo vencerlo!... Yo conozco que no lo venceré nunca.

—Porque no quieres....

—¡Sí quiero! Es decir, quiero querer...

—Pero no puedo.

—¡Sí puedes! Aunque rarísimas circunstancias han hecho de tí una especie de fiera, tu corazón es de hombre, y el corazón del hombre, cuando sigue el ejem-

plo de Cristo, tiene más bríos que todos los leones y elefantes del universo.—El valor de humillarse, de vencerse, de renunciar así mismos es el verdadero valor.—Y tú no debes de carecer de él.... En medio de todo, tú eres bueno; tú lo eras cuando muchacho; tú te pareces mucho á tu padre... á tu padre, que murió voluntariamente por su honra!

—¡Por mi honra quiero morir yo! (replicó Manuel con viveza). Hace ocho años contraje un compromiso de honor delante de todo el pueblo: hace ocho años juré matar al que se casase con mi adorada.... Ha habido quien se atreva á recoger un guante; la ciudad entera tiene los ojos fijos en mí... ¿Qué puedo hacer? ¿qué debo hacer para no quedar en ridículo, para que no se rían de mí todos los que siempre han temblado en mi presencia?

—¡Es muy sencillo!—Arrepentirte del mal propósito: renegar de tu juramento.

—¡Yo te relevo de él!

—No me basta.

—Soy Sacerdote....

—¡No me basta! Lo engañaría á usted si le dijese lo contrario.—Yo necesito ir mañana á la Rifa, á sostener mi empla-

zamiento. Si Soledad y su marido no están allí; si no acuden á la cita pública que les haré oportunamente, ofreceré oro, mucho oro, todo el oro que he traído conmigo, por bailar con la señora de Arregui.—La Cofradía no podrá entonces menos de ir á buscarla....—Si la lleva sola, no se la devolveré á su marido: si su marido va con ella, lo mataré; y, si no se presenta ninguno, iré á buscarlos á su casa!

—¡Jesús! ¡qué horror! (exclamó Don Trinidad).—¿Y Dios? ¿y las leyes? ¿y la Justicia? ¿Crees tú que no hay autoridades en este pueblo? ¿Crees que sigues entre salvajes?

—La Justicia llega siempre después. ¡Ese es cuidado mío! Yo haré que cuando acuda, esté ya bien muerto Antonio Arregui.—En cuanto á las leyes, Soledad puede infringirlas como tantas otras mujeres enamoradas, yéndose conmigo al fin del mundo.—Y por lo que toca á Dios, en su mano tiene el matarme ahora mismo.... ¡En su mano tuvo no hacermé tan desventurado!

—¡Es abominable todo lo que piensas; todo lo que dices!.... (replicó Don Trinidad con imponente acento). ¡Me horro-

rizo de haberte criado! ¡Con que nada soy para tí! ¡Conque desprecias mis lágrimas!—¿Quieres, tal vez, que me ponga de rodillas?

—No, señor Cura.—Lo que quiero es que usted, tomándose como quien soy, y no pidiéndome milagros de santidad, me diga qué puedo hacer en el estado en que se halla mi corazón y después de las palabras empeñadas...—¿Quiere vd. que me mate? ¿Quiere usted que me vuelva loco?

—¡Loco estás ya! (repuso el Cura). Si no lo estuvieses, comprenderías que lo que debes de hacer es irte del pueblo...

—¿A dónde? ¿A qué?—preguntó el joven con infinita angustia.

—¿A dónde? ¿A donde has estado ocho años!—¿A qué?—¿A servir á Dios y no al demonio! ¿A ser hombre de bien, á ayudar á tus semejantes, á convertir en flores todas las espinas que atraviesan tu corazón!

—¿Usted es el que sueña, Don Trinidad! ¡Me dice usted que ha amado, y luego me propone eso!—¿Usted no ha amado nunca, ni sabe lo que es amor!—¿A dónde iría yo con la sombra de mi ser, dejándome aquí el alma de mi al-

ma? ¿Para qué viviría? ¡Ocho años me he mantenido de la esperanza de encontrar á Soledad! ¿De qué me mantendría ahora?—¿Acaba usted de hablarme de Dios!... Pues oiga usted una sentencia dictada por Dios el día que me echó al mundo: “Para Manuel Venegas no habrá más mujer, ni más dicha, ni más cielo que Soledad”...—Yo he dado por dos veces la vuelta á la Tierra: he visto mujeres, muchas mujeres, algunas tenidas por divinidades, en Circasia, en Grecia, en Cuba, en el Perú...—Para mí no eran ni divinidades ni mujeres: no eran nada: eran á lo sumo la ausencia de Soledad, ¡cosa para mí tristísima y abominable!—Así es que apartaba los ojos de ellas y seguían mi peregrinación.—Es decir, padre Cura, que yo he ido más allá que vd.—Yo, ni antes de consagrar mi alma á Soledad (y se la consagré á los trece años), ni después de aquel día, ni en esta Ciudad, ni en la ausencia, le he faltado ni con el pensamiento...—También he sido yo fiel á mi “religión!” ¡También he sabido cumplir mis votos!

—¡Y la pícara te ha pagado bien!—profirió el clérigo, tocando otro registro, para ver de desengañar á aquel idólatra.

Este se llevó una mano al corazón, como si acabase de recibir en él una puñalada; pero luego se repuso, y exclamó valerosamente, mirando á su segundo padre con la impavidez del fanatismo:

—No me ha pagado bien: ¡pero la quiero más que nunca!

D. Trinidad retrocedió lleno de asombro.—Dijérase que el último golpe con que pretendió anonadar á su antagonista, le había herido á él de rechazo, quitándole muchas ilusiones.—Manuel estaba todavía entero... ¡Aquella larga conversación había sido inútil!

Pero el esforzado Sacerdote no se abatió. Antes pareció recogerse en sí mismo, como para cambiar su plan de batalla. Derrotado en la primera línea de operaciones, conocíase que se replegaba y fortificaba en la segunda, apelando á los recursos supremos, ó sea á las fuerzas de "reserva," que oportunamente había preparado antes de salir de la capilla de Santa Luparia.—Todo esto se dedujo, por lo menos, de sus palabras y determinaciones, á partir del instante en que Manuel articuló aquella formidable respuesta.

—Pues, señor... ¡Noche toledana! (di-

jo, dándose en el cuerpo algunas palmaditas, como quien se compadece así propio).—¡Polonia! ¡Polonia! traeme el manto de abrigo!—¡Vaya con el hombre! ¡Vaya un pago que me guardaba para la vejez!—¡No concederme nada! ¡Dejarme hablar y hablar, y luego negarse á todo! ¡Decirme á mí que el homicidio y el adulterio son indispensables!—¡Y para esto lo crié! ¡Para esto lo he querido tanto!

Así hablaba Don Trinidad, sin mirar á su antiguo pupilo, el cual oía aquellas palabras con más emoción y sobresalto que todos los anteriores discursos. Conoció también que éstos, aunque tan briosamente contradichos, seguían resonando en su alma; y, por resultas de todo ello, se adelantó hacia el sacerdote y le dijo con amorosa reverencia:

—¿Qué va usted á hacer? ¿Para qué pide el manto? ¿Va usted á salir?

—¡Sí, señor!—respondió Don Trinidad muy desabridamente.

—Pero, ¿á dónde va usted?

—¿A dónde he de ir? A donde me llama mi obligación de cristiano! ¡A impedir esos delitos que, (según me anuncias), van á cometerse! ¡A no dejarte ni á sol

ni á sombra; á seguirte á todas partes; á pasar contigo el resto de mi vida, aunque me arrojes de tu lado á puntapiés, aunque me reduzcas á pasar las noches sentado á la puerta de tu casa!...—¡De este modo, tendrás que saltar sobre mi cadáver para hacer las valentías que me has dicho, y será más completa tu obra!..

Manuel retrocedió espantado.

Al mismo tiempo entró Polonia en el despacho, llevando el manteo de abrigo de Don Trinidad, y diciendo muy asustada:

—¡Va usted á la calle á estas horas?

—¡Sí, hija, sí! ¡á la calle! ¡y al infierno, si es menester!—No me esperes esta noche.

—Pero, señor Cura... ¡Eso es tirarse á matar! (exclamó la antigua nodriza).—Anoche se recogió usted á las tantas, muerto de fatiga, después de haber corrido por el campo muchas horas....

—¡Buscándole!...—entrerreglonó Don Trinidad, dando un codazo á Manuel, y sin mirarlo.

—Y esta mañana, (continuó Polonia), se levantó usted con estrellas, y desde entonces no ha parado un momento, con tantas funciones en la Parroquia, y tan-

tes jaleos como ha habido en la calle... por culpa de quien yo me sé...

—¡Qué quieres, hija! (pronunció el Cura, haciéndose el chiquito): ¡No hay más remedio que arrimar el hombro hasta que le toque á uno reventar y caer!...—Acuéstate tú, y descansa, que también has trabajado hoy mucho...—¡Pobrecita vieja! ¡Cuánto siento proporcionarte estos sinsabores!—Conque vamos, señor Don Manuel... ¡Usted dirá á dónde nos dirigimos primero: si á buscar á un hombre de bien para matarlo, ó á enamorar á una madre de familias!...

Manuel seguía en un ángulo de la habitación, vuelto de espaldas á Don Trinidad, fijos los ojos en el suelo, y estremeciéndose á cada recriminación que se desprendía contra él de aquellos discursos. Sobre todo, las últimas frases del Sacerdote, tan sarcásticas y sangrientas, le arrancaron una especie de gemido, cual si le hubiesen llegado al alma.

Polonia replicaba entretanto:

—¡Pero no se marchará usted sin cenar! Son las diez de la noche, y desde la una de la tarde está usted con el triste puchero, que apenas probó...

—Es muy verdad... Pero, ¿qué quieres? Las cosas vienen así...

—¡Acuérdese usted de que tiene dos perdices estofadas... que tanto le gustan!

—¡Ya las huelo... y, en medio de estos sinsabores, estaba soñando con ellas!...

—¡Perdóneme Dios; pero es mi único vicio: cenar bien los días clásicos!—Sin embargo, quiero demostrar con un ejemplo á este cobarde, que el hombre es dueño de sus pasiones, de sus apetitos, de su voluntad...—Dile á la criada que lleve ahora mismo ese par de perdices, y mi pan, y mi almíbar de cabello de ángel; en fin, todo lo que ibas á darme de cenar esta noche, á la pobre tunda del albañil que se mató el otro día...—¡Así celebrará con sus hijos la fiesta del Niño Jesús, mientras que á mí me servirá de alimento el pensar en la alegría de esas infelices criaturas!

—Pero, niño... (observó el ama de llaves á media voz). ¡Repára en que te vas á caer muerto!—Lo de regalar las perdices está muy bien, y Dios te bendiga por esa idea... Pero toma otra cosa....

—¡Nada! ¡No ceno! ¡Ya está hecho el sacrificio! ¡Veré esta noche la Procesión

de las Animas... y Dios querrá premiar me, abriéndole el sentido á ese alma de cántaro!....

—¡Esto es demasiado! (gritó Manuel, extendiendo los brazos con desesperación y acercándose á Don Trinidad). ¡Usted se ha propuesto matarme, señor Cura! ¡Usted no tiene lástima de mí!...

—¡Pues entonces no sé quién la tiene!... (respondió fríamente el Sacerdote). ¿Será acaso el público, que piensa divertirse á tu costa, como si fuese al teatro á ver una tragedia?

—Lo que digo... (insistió el joven con ternura), es que cene usted y se acueste....

—En tu mano está el que lo haga...— ¡Quédate á cenar y á dormir conmigo!— Si no perdices, (porque ya no son nuestras), tomaríamos huevos frescos y jamón crudo; y, en cuanto á cama, por ahí debe de andar tu antiguo catre....

—¡Su cuarto está como lo dejé!...— añadió Polonia con indecible alegría.

—Señor Cura: yo tengo que irme á mi casa...—balbuceó Manuel implacablemente.

—¡Y yo contigo! (repuso Don Trinidad, fingiendo buen humor.—¡Tú mismo te lo

dices todo!...—Conque vamos andando...

—Adiós, Polonia, ¡hasta que Dios quiera!

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Qué va á ser de mí. Y gimió el pobre Venegas, resolviéndose á echar á andar). ¡Yo no contaba con este hombre!

—Espera un poco... (exclamó Don Trinidad, obstruyendo con su cuerpo la puerta del despacho). Tengo que dar algunos encargos á Polonia.

Manuel se dejó caer en una silla.

Don Trinidad salió con su ama al corredor, y le dijo rápidamente:

—Hay que buscar ahora mismo á la señora María Josefa, en su casa ó en la de su hija....

—¡Ahí la tienes esperándote hace media hora!...—respondió el ama.

—¡Ah! ¡el cielo me la envía!—Voy á hablarle.... Quédate tú aquí de centinela; y, si ves que mi prisionero piensa escapar, avísame...—¡Pero no le digas ni una palabra!

Pocos minutos después, el Cura había terminado su conferencia con la madre de Soledad, y estaba de vuelta en la puerta del despacho, diciendo al abatido joven:

—Cuando quieras, podemos irnos...—Estoy á tu disposición.

—¡Quédese usted, Don Trinidad...—expuso Manuel, levantándose y en ademán de súplica.

—No hay Don Trinidad que valga...—Adonde tú vayas, voy: si á tu casa, á tu casa... (que es lo mejor que podemos hacer): y, si á correría, á correría!—¡Ah! se me olvidaba la alcañefa...

Así dijo el denodado Cura, y, cogiendo los antiguos ahorros del joven, salió resueltamente al corredor, y comenzó á bajar la escalera, no sin exclamar con grandes voces:

—Vamos... ven... y dame el brazo; que estoy rendido de fatiga...

Manuel inclinó la frente y salió en pos de Don Trinidad, el cual no tardó en aferrarse á su brazo derecho con tal fuerza, que hubiera sido muy difícil determinar quién era el robusto y quién el débil; quién el aprehensor y quién el aprehendido.

Por último, ya desde la puerta de la calle, Don Trinidad retrocedió hasta el ojo de patio, llevando y trayendo á Manuel como á un hombre ebrio, y gritó fortísimamente:

—¡Cuidado, Polonia! ¡Que no tardes en enviar las perdices á quien hemos dicho!.....

Añadiendo luego en voz baja:

—Y ¡qué buenas deben de estar las pícaras!—¡Esta Polonia guisa como un ángel.

## IV.

## LOS NIÑOS Y LOS VIEJOS.

Poquísimas personas encontraron en las calles Don Trinidad y Manuel al trasladarse de una casa á otra, y todas ellas se arrimaron á las paredes, con no menos susto que respeto, para dejar pasar á aquellos dos maravillosos personajes de que tanto se estaba hablando en toda la Ciudad.

No sucedió, empero, lo mismo, cuando, llegados á la Plaza Mayor, tuvieron que cruzar por delante de la célebre botica...

Hallábase ésta á medio cerrar, y en la media puerta que aún dejaba paso á la luz de adentro, veíase á "Vitriolo," que despedía á sus últimos tertulios, dando-

les tal vez instrucciones para el día siguiente.

Tan luego como divisaron y reconcieron á la claridad de la luna el interesante grupo que formaban el Cura y Manuel, comenzaron á reír y murmurar en voz baja, y aun los más jóvenes se atrevieron á seguirlos y á pasar casi rozando con ellos, á ver si les cogían alguna frase.

Quedó, sin embargo, defraudada su curiosidad; pues el párroco y su antiguo huésped no hablaron ni una palabra,—como tampoco la habían hablado en todo el camino;—y de este modo penetraron al fin en la antigua "casa del Chantre."

Profusamente alumbrada la tenía también esta noche la etiquetera Basilia, así como abierta de par en par y con toda la servidumbre en ejercicio, á fin de recibir "al señor" con los honores debidos á sus grandes riquezas y á la sangre real mahometana de que procedía.

El arriero malagueño, (alojado allí con sus tres mulas, y resuelto á no marcharse de la Ciudad hasta después de la Rifa que tanto le elogiara el mismo Venegas la tarde anterior), hallábase en el